

esta barca es la imagen más exacta  
de nuestros tristes días inconstantes  
que flotan en las sombras de la noche  
sobre el eterno abismo de los tiempos,  
el remolino lleva la barquilla.

La vida á cada instante  
hacia la eternidad se va alejando,  
y el cuerpo permanece en esta tierra  
donde lo deja el alma como un frívolo,  
inútil y vil fardo. De este modo  
muere la rosa de colores regios,  
y sus hojas, que el llanto de la aurora  
con puras perlas baña inútilmente,  
caen una tras otra, y su perfume  
se evapora y se pierde.

Octubre, 1825.

---

ODA VIGÉSIMA PRIMERA

---

A RAMÓN

DUQUE DE BENAVENTE

*Por la boca de su herida.*

GUILLÉN DE CASTRO.

¡Ay! Yo la he comprendido, tu sonrisa,  
que se parece á la del condenado  
cuando suena á su oído  
la palabra que debe proscribirle.  
Y tu mano convulsa

al apretar, yo comprendí tu pena  
ensimismada, y tu mirada opaca  
que, profunda, la luz de entre las nubes  
parecía, que brilla  
sobre ignorados mares,  
pero no puede iluminar su fondo.

«¿Para qué servirá que me lamente?,  
—me has dicho,—no he gemido;  
jamás baño la mano que me tienden  
un hermano ó un amigo con mi llanto.  
No lo tengo. Por siempre arrebatada  
la alegría de mi vida, cuando menos  
me ahorren la compasión. Pago bastante  
mi infortunio, porque ni una voz sola  
me lo reclame á medias, importuna.

»Por otra parte, ¿vale tantas lágrimas?  
¿Esto es lo que se llama desventura?  
¡Sí! Lo que para el hombre tiene encantos,  
para mí tiene sólo enojo y penas.  
De mi pasado nada sobresale  
entre quimeras de mis años jóvenes  
que desmiente la suerte diariamente;  
el amor para mí extingue su llama,  
jamás mujer alguna  
dirá mi nombre con acento dulce.

»¡Nunca tendré yo hijos, nunca esposa!  
Jamás un corazón cerca del mío  
latió; jamás celosos unos labios  
me preguntaron: ¿Y de dónde vienes?  
¡Ni una esperanza tengo ya! Funesto  
y obscuro el porvenir, me ofrece sólo  
días aciagos; en este horizonte  
de tinieblas pasaron veinte fúnebres

espectros, pero nunca  
pasó la sombra con que yo soñaba.

»Nunca incliné por nada mi cabeza;  
mas, de la suerte la enemiga mano,  
volvióse á descargar aún más pesada  
sobre mi frente reafirmada siempre.  
A la gloria, á la edad que fugaz huye  
de nuestra juventud, al placer frívolo  
dí el adiós de Cátón con entereza.  
Toda flor para mí ya está marchita;  
pero si del destino esta es la orden,  
si sufro, ¿quién lo sabe?

»De fatal ley esclavos,  
sepámonos callar el mal sufrido.

¿Por qué que enseñe quieres  
tú de mis hierros las desolladuras?  
A los ojos que espanta la miseria,  
¿qué les importa mi secreta llaga?

Vivir solo yo debo;  
pasad, que vuestra voz es un ruido  
sonoro y nada más. Marchaos todos;  
prefiero todavía  
sufrir, á ver que quieren consolarme.

»No manda en mí la vida ya. ¿Qué importa  
que así me compadezcan ó me envidien,  
que á veces en mis ojos haya un fuego  
sombrió ó alegre? Cuando está vacía  
la copa, ¿qué le hace que sus bordes  
dejen aún sobre los labios ávidos  
un amargo sabor? ¿Domina la ola  
el barco que, perdido bajo el agua  
que muge, saca un mástil  
por encima las olas?

»Mi solitario luto  
¿qué importa? Para otros brillan días  
mejores. ¿Qué es el ruido de la tierra?  
Un concierto de risas y de llantos.

Yo, como todo hijo  
de Eva, quiero llevar solo mi carga  
hasta la noche, sin que mano alguna  
la sostenga; á la gente  
que pasa y cae, ¿qué le importa donde  
esté la tumba á cuyo umbral un día  
se irá á sentar mi sombra?»

Así, cuando suspiras por lo bajo,  
rebotan de tu pecho los sollozos  
cual sonido que escapa de las liras,  
como un murmullo sordo de las olas.

Tu gloria es tu infortunio;  
frentes que la victoria señalara,  
jamás la suerte coronó con flores;  
el gozo de tu seno está proscrito;  
mas, bien sabes que el genio  
preludia sus canciones con su llanto.

Como reja de hierro, con su filo  
hurga desde la aurora y abre el suelo  
y á los últimos rayos del crepúsculo  
lo surca todavía;  
á cada hora que pasa, encarnizado  
á obsesionarte vuelve infatigable  
el infortunio; mas si la desgracia  
con su espada de fuego  
el alma te desgarró, amigo mío,  
es para fecundarla.

Noviembre, 1825.

## ODA VIGÉSIMA SEGUNDA

A LA SEÑORITA J.-D. DE M.

## EL RETRATO DE UNA NIÑA

Cuando veo tantos colores y tantas flores que esmaltan una ribera, creo ver el hermoso tinte que tan encarnado está pintado en su cara. Cuando en las praderas diápreadas huelo las flores de que está llena la tierra, entonces hago creer á mis sentidos que aspiro la dulzura de su aliento.

RONSARD.

I

Esta sonrisa, esta frente,  
estas mejillas rosadas,  
denotan bien claramente  
del niño que juega y llora  
las facciones afinadas;  
y yo, en mezcla arrobadora,  
en su cara siempre inquieta  
encuentro en mi afán prolijo  
un ángel como poeta  
y como padre á mi hijo.

\*

Se adivina en su mirada  
de una pura llama llena,  
que á la gloria abandonada  
ha dado un adiós sin pena;  
así en su vista, radiante  
de una efímera alegría,  
se ve el recuerdo constante  
del cielo que dejó un día;  
y parece en su mirada,  
rebosante de cariño,  
ver en su madre adorada  
á la madre del Dios-Niño.

\*

Se diría que oye un coro  
de celestiales acentos  
entre las nubes de oro,  
y los dulces llamamientos  
de las vírgenes sagradas  
en las alas de la brisa,  
y á sus alegres miradas,  
á su cándida sonrisa,  
se le diría al momento  
sorprendiéndole en su anhelo:  
—¡Ángel! ¿Cuál fué tu tormento?  
¿Cuál es tu nombre en el cielo?

II

Artista cuyo pincel  
hizo retrato tan fiel,

tú lo pintas, yo lo canto;  
tus trabajos vivirán  
y tu recuerdo orlarán  
de envidia y respeto santo.

\*

¡Qué extraña fuerza viril  
se une á tu gracia de artista!  
¡Qué penetrante y sutil  
se ha demostrado tu vista!

\*

¡Artista! Son tus colores  
una armonía viviente.  
De tu infancia en los albores  
sin duda el genio potente  
puso una llama en tu frente.

\*

Un hada, sin duda alguna,  
acercándose á tu cuna  
te tomó á su protección,  
y de los siete colores  
que al iris dan sus fulgores  
te hizo á ti sin igual don.

\*

De las rosas de la aurora  
sonriente y matinal,  
de la luz abrasadora  
de la aurora boreal,  
hizo la ideal paleta

á ningún color infiel,  
la que la fuerza completa  
de tu mágico pincel.

Noviembre, 1825.

ODA VIGÉSIMA TERCERA

A LA SRA. CONDESA A. H.

La otra vez, en un bosque, cuando apenas mi mano preludiaba en mi lira, descendió al pasar, blanca sobre el laúd de ébano, una paloma. Pero en vez de acordes conmovedores, de dulces cantos, la paloma gimiendo me pide por compasión á su mitad, su mitad ausente lejos de ella.

SAINTE-BEUVE.

\*

Cualquier sueño que sea  
que apacible ó alegre en esta hora  
y en la sombra tus ojos ilumine,  
marca la dicha que el mortal desea...  
¡Ay! Lejos de un esposo que te adora,  
que es para ti un amante todavía,  
que para ti decline  
la noche lentamente

con un sueño tranquilo, hermana mía.  
 ¡Pasa allí dulcemente  
 tu última noche virginal sonriente!

\*

¡Duerme! Nosotros dos por ti rogamos  
 hasta que llegue esta mañana hermosa  
 que radiante de luz te deseamos;  
 estar tú con nosotros deberías,  
 tu estrella demandábalo imperiosa  
 y sustraerte á ella no podías...  
 Si la voz del altar te hace mi hermana,  
 no es más que el eco de una voz humana  
 que en mi pecho sonaba de antemano  
 y me hacía tu hermano.

\*

¡Oh! ¡Descansa esta noche todavía  
 con dulce y puro sueño!  
 Mañana mil transportes, juramentos,  
 festines de alegría  
 en los brazos ardientes de tu dueño...  
 Jubilosos acentos  
 y suspiros que escapan dulcemente  
 de tu alma dichosa,  
 cuando una mano aparte de tu frente  
 la corona de mirtos temblorosa,

\*

¡Ah! Que desde mañana  
 ilumine la dicha tu existencia  
 sin que jamás amengüe su potencia...,  
 que brille aún más ufana

que tu sueño dorado...,  
 que hasta el cielo estrellado  
 nuestros votos subir todos veamos...  
 Descansa en paz en tu sonriente encanto,  
 pues aquí cuidadosos te velamos  
 yo que tu dicha canto  
 y él que te quiere tanto.

Diciembre, 1827.

ODA VIGÉSIMA CUARTA

LLUVIA DE ESTÍO

El ogiacanto y el agavanzo y el  
 tomillo, el clavel, el lirio y las ro-  
 sas, en esta hermosa estación mues-  
 tran á montones las rosas abiertas.  
 El gentil ruiseñorcillo, dulcecito,  
 suelta en la sombra mil gorgeos  
 parleros, bulliciosos, á los dulces  
 sonos de su enramada.

REMI BELLEAU.

¡Qué fresca y dulce es la noche!  
 ¡Oh! ¡Ven! Llovió esta mañana  
 y los tapices de musgo  
 verdean bajo tus plantas;  
 el pájaro vuela inquieto  
 bajo la espesa enramada  
 y bendecido del cielo

va sacudiendo sus alas;  
oye susurrar el viento  
y á su dulce aliento canta,  
y, cual perlas, en su nido  
ve lucir las gotas de agua.

Las nubes han derramado  
las aguas á cataratas,  
recobra su azul cambiante  
la bóveda despejada  
y lucen á sus fulgores  
las praderas fecundadas,  
cual si estuvieran debajo  
de un enrejado de plata;  
el arroyo, rebosante  
durante una hora, arrastra  
briznas de paja y de hierba  
hojas y flores y ramas,  
y corre precipitando  
sus enrojecidas aguas  
de lo alto de un guijarro  
al que ha inundado en su marcha,  
y al caer á las hormigas  
hace diminutos Niágaras.

Juntándose en el diluvio  
de remolinadas aguas,  
bogan insectos sin remos  
sobre las débiles alas  
de brillantes moscardones  
que hacen las veces de barca;  
otros penden de las hojas  
por el chubasco arrancadas,  
y como en flotantes islas  
la corriente los arrastra.  
¡Ay! ¡Dichosos si en su curso,

si inclinándose una paja,  
en el borde del abismo  
su ciudad flotante para!

La corriente las arenas  
ha lavado esta mañana,  
suben al sol los vapores  
como columnas de gasa,  
y el horizonte intangible,  
bajo sus pliegos que engañan,  
tiemblan como flor abierta  
y en el aire se dilata.  
Tan sólo bajo sus velos  
como estrellas difumadas  
se ven puntos luminosos  
que en la alta bóveda irradian  
y brillar de entre la bruma  
que huye de las montañas  
chorreantes por la lluvia  
las techumbres de pizarra.

¡Oh! ¡Ven á vagar conmigo  
por la pradera rociada!...  
Ahora estaremos solos;  
en mí tu brazo descansa..  
¡Ven! Tomaremos la senda  
que los tilos verdes marcan.  
El sol ardiente declina  
y al transponer la montaña  
vuelve un momento los ojos  
para mirar las cabañas  
y palacios reluciendo  
á la misma luz que lanza,  
y sobre el obscuro cielo  
la ciudad de oro inflamada.

¡Oh! ¡Mira las humaredas  
 como giran y se alzan  
 sobre las negras techumbres  
 por la bruma rodeadas!  
 Allí hay esposas queridas,  
 allí se resigna el alma,  
 como el sol tras de la lluvia  
 es la vida que nos cansa.  
 ¡Oh! ¡Mira como se aleja!  
 ¡Mira como siempre baja!  
 En la ciudad adormecida  
 brillan todas las ventanas  
 como si fueran los ojos  
 de las torres elevadas.

¡Oh! Contempla el arco-iris  
 con pureza inmaculada  
 tender un arco en el aire  
 señalando la bonanza.  
 ¡Qué tesoro Dios nos muestra  
 tras la tormenta pasada!  
 ¡Cuántas veces, firmamento,  
 mi alma pidió sus alas  
 á un Ithuriel implorando  
 para mitigar el ansia  
 de conocer á qué mundo  
 lleva esta vía encurvada,  
 inmenso arco de un puente  
 que hacia los cielos se lanza!

Junio, 1828.

ODA VIGÉSIMA QUINTA

SUEÑOS

En la amena soledad  
 de aquesta apacible estancia,  
 bellissimo laberinto  
 de árboles, flores y plantas,  
 podéis dejarme, dejando  
 conmigo, que ellos me bastan,  
 por compañía, los libros  
 que os mandé sacar de casa;  
 que yo, en tanto que Antioquía  
 celebra con fiestas tantas  
 la fábrica de ese templo,  
 que hoy á Júpiter consagra,  
 . . . . .  
 huyendo del gran bullicio  
 que hay en sus calles y plazas,  
 pasar estudiando quiero  
 la edad que al día le falta.

CALDERÓN.—*El Mágico prodigioso.*

I

Lejos de la ciudad, amigos míos,  
 lejos de los palacios del monarca,  
 lejos de los serviles cortesanos  
 y lejos de la turba envilecida,  
 venid, amigos míos, á encontrarme.

En los campos do el alma pensativa  
 en dulces fantasías se recoge,  
 en una obscura y plácida ribera

donde no llegan de este triste mundo  
los acentos ruidosos y estridentes,

buscadme la morada más salvaje,  
algún antiguo abrigo de otros tiempos,  
algún puerto en la costa solitaria,  
algún nido al abrigo de las ramas,  
algún casar en medio de los bosques.

Buscádmelo sombrío, amigos míos,  
muy durmiente, tranquilo y apacible,  
cubierto de mil árboles sin nombre,  
profundamente oculto y retirado  
en la sombra y silencio más profundos.

Porque allí, sobre cuanto me rodea,  
á los míos cual siempre fiel amigo,  
mis versos se colocan y se ciernen  
tanto sobre la rosa ayer capullo,  
como encima del monte gigantesco.

Que puedan mis cantares con audacia  
y de todas las trabas desatándose  
con sus alas potentes y veloces  
extrañarse en el eterno espacio  
como un ave que libre alza su vuelo.

## II

Que un sueño dulce y tranquilo  
me eleve hasta el mismo cielo.  
Que lleno de amor y sombra  
jamás descorra sus velos,  
y que sueñe por la noche  
lo que despierto apetezco.

Tan blanco como la vela  
que en el horizonte veo,  
que me encubra las estrellas  
y que sea como un velo  
entre mi vida tranquila  
y yo que así la deseo.

Que la musa que desciende  
para iluminar mi sueño,  
lo brillante y lo prolongue  
hasta saciar mis deseos,  
y que tema despertarme  
de mi sueño eterno y bello.

Que en sus alas se desplieguen  
mis ocultos pensamientos,  
y que vengan á sentarse  
al rededor de mi fuego  
dándose mutuos abrazos  
y cambiando sus acentos.

Que, con el ojo triunfante,  
aferrándose á mi sueño,  
inclinándose lo mezcen  
con rítmico movimiento,  
cual las hermanas mayores  
al hermanito pequeño.

## III

Se cree en las riberas escarpadas  
y se cree en las selvas  
al respirar el aire libremente,  
ver el cielo de cerca.

Allí todo es un sueño, todo habla,  
todo tiene palabras,  
la onda canta besando la ribera  
y la brisa en las ramas.

Es una voz universal, profunda,  
es del globo el acento,  
es el vaivén del mundo que se duerme  
en los mares del cielo.

Es el eco magnífico y seráfico  
en que el Señor se mece,  
es el himno pacífico del mundo  
á do va lo que muere.

Allí, sorda á la voz de las mujeres,  
á los gritos y lágrimas,  
nuestra alma se mezcla con las otras  
como entre sí las olas y las llamas.

## IV

Este vasto ruido á todas horas  
se escucha en el desierto pavoroso.  
París, loca morada,  
para esta voz que gime  
nos da un vano concierto.

¡Oh, la Bretaña antigua!  
Alguna enhiesta roca espumeante  
y en el céltico bosque  
alguna torre vieja  
que cae lentamente.

Con tal que el torreón hospitalario

en donde colgaré mi humilde nido  
tenga, como un antiguo caballero,  
un penacho de hiedra  
que oculte entre sus hojas  
su granítica frente.

Con tal que blasonada  
con un altivo escudo  
la marmórea y gigante chimenea  
devore entre sus fauces  
el tronco entero de una gran encina  
brillando cual la puerta de un infierno.

Que en el estío el seto de ajaranzos  
oculte el cielo puro.  
Que en el invierno toda mi familia,  
sentada ante la ardiente chimenea,  
resplandezca á las llamas de un gran fuego.

En mis feudos, los bosques,  
si susurra la brisa por la tarde  
que al agitar sus cúpulas inmensas  
asemeje cabezas de fantasmas  
luchando á cabezadas en la sombra.

Que en mis noches de insomnio,  
sonrosadas, las vírgenes se acerquen  
á sacudir delante de mis ojos  
sus transparentes velos  
de mil pliegues sedosos ondulantes.

Que con sus tristes voces plañideras  
las sombras de los héroes,  
pasando fugitivas,  
me dejen ver su blanca vestidura  
por entre las ojivas de la torre,

y que agiten sus dedos descarnados  
las rotas vidrieras  
de emplomados cristales.

## V

Si mi musa que voló  
al antiguo pavimento  
que en otros días pisara  
un viejo barón de hierro  
lleva su alada familia  
y su nido aventurero,  
es sólo porque me gustan  
aquellos antiguos tiempos  
más bellos si no mejores  
que estos sabios siglos nuestros,  
y á sus despojos salvajes  
gozosamente me agrego.  
Como yo, la golondrina,  
alzando su raudo vuelo,  
sobre la torre elevada  
combatida por los vientos,  
hizo á menudo su nido  
donde en ya pasados tiempos  
en su soledad salvaje  
el buitre puso sus huevos,  
y aleteando á menudo  
en el nido sus pequeños  
mueven y empujan chillando  
aquel huevo enorme y negro  
que abandonado descansa  
suspendido así en los cielos.  
Así, con armas antiguas  
jugarán mis pobres versos  
y removiendo las lanzas

se reirán á su estruendo  
como enanillos fantásticos  
que se cubren en sus juegos  
sus cabezas diminutas  
con los cascos gigantescos.

## VI

Así tranquilo, con dulzura igual,  
del homenaje en el torreón feudal  
donde mi vida voy á guarecer,  
cual verdean las hierbas en abril  
hasta escalar la campesina cruz,  
mis días yo veré reverdecer...  
Pero, choza modesta ó torreón,  
apartado del mundo triste y vil,  
viviré solamente de la luz  
y mis días postreros llenaré  
de éxtasis sin igual y de oración  
y olvidando, olvidado moriré.

Junio, 1828.

FIN DE LAS ODAS